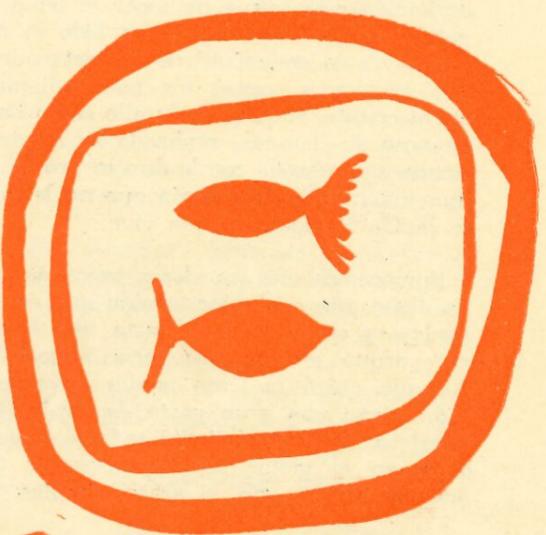
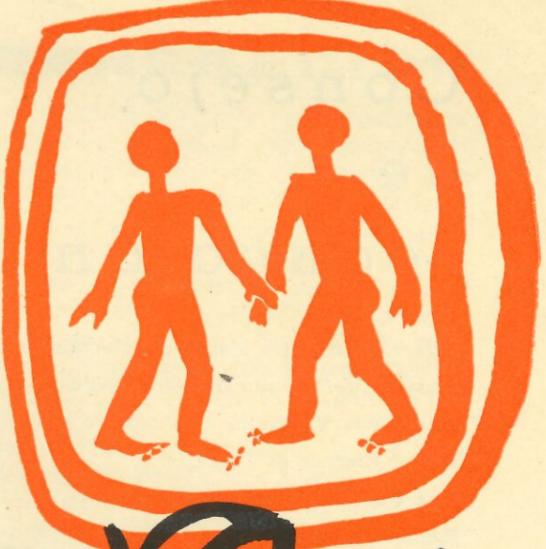


Libra



Consejo de redacción

Director: Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.

Redactor Jefe: Julio Garrido Amado.

José María Maravall.

Rafael Jiménez de Parga.

José Guillermo García Valdecasas.

Ramón Serratacó.

Juan Luis Cebrián.

Pedro Gamero.

José Pedro Pérez Rodrigo.

Juan Antonio Ortega.

Javier Rupérez.

José Luis Velasco.

Luis Gamir.

Dibujan: Aurelio Sahagún.

Emilio Marrero.

Aumente.

Enrique Cavestany.

Queremos agradecer al Catedrático de la Facultad de Derecho de Madrid, D. Alfonso García Valdecasas, la valiosa colaboración que tan generosamente nos ha prestado.

Edita: Delegación del S. E. U., Facultad de Derecho, Madrid.

LIBRA. Marzo 1962. Núm. 7.

LIBRA se hace responsable solamente de las notas o artículos que no aparezcan firmados.

Depósito Legal: M. 1.156 - 1959

Imprime: Imprenta P. López

EDITORIAL

Queríamos contestar en este editorial de «nuestro» LIBRA a las interrogantes que este «nuestro» pudiera plantear: quiénes somos y qué queremos. Es esto, sin embargo, demasiado complejo para poder resolverlo en el pequeño espacio de un artículo. Nos limitaremos, por tanto, a esbozar algunas realidades y problemas comunes a todos nosotros. Embarcar en nuestra empresa a aquellos que se identifiquen con nosotros. Cumplir el papel que nos ha correspondido con un estilo propio, valiente y auténtico, sencillo y joven; unirnos en una época en la que las justificaciones individuales no son suficiente, es este nuestro principal objetivo.

Si por un momento detenemos nuestro apresurado caminar para estudiarnos frente a un espejo, notaremos lo diferente que es nuestro lado izquierdo del derecho. Somos contradicción esencial, quizás porque no seamos ni lo uno ni lo otro, sino nosotros mismos. Escépticos, como epílogo de unas generaciones crédulas y fracasadas. Creyentes profundos, al menos en nosotros mismos. Desunidos y anárquicos, individuos que vagan por el monte sin reconocer al hermano de la misma camada. Divididos por pequeñas rencillas y ridículas matizaciones. Con un instintivo afán de conocerse mejor, de unirse, de colaborar juntos. Acobardados y vencidos, gatos escaldados por el látigo y la comodidad. Rebeldes y decididos, como llama que surge allá donde creíamos apagado el rescoldo. Despreocupados y egoístas. Abrumados por la problemática de nuestro tiempo.

Los problemas individuales no pierden trascendencia pero deben meditarlos en la soledad y el silencio. Son los grandes problemas colectivos los que pueden configurararnos. Problema de Generación. De postura ante los que nos preceden, de encontrar una misión, unas ideas que puedan legalizar nuestro título de «generación». Problema como Nación. Aceptamos sin desertar el presente. Respetamos el pasado, raíz de todo futuro, pero renegamos de los motivos que dividieron a España, durante siglos, en sangrientas contiendas civiles, renegamos de locas empresas quijotescas y renegamos también de generaciones de odio y egoísmo, que han producido un pueblo resentido y pobre. Nos preparamos, con gran gravedad, plena de esperanza, para un futuro del que, por fuerza, seremos responsables. Problema como Humanidad. Queremos vivir en nuestra hora, trágicamente magnífica. Tenemos noción de ser una generación de tránsito hacia un mundo nuevo. Queremos dignamente asimilarle y transmitirle cuanto de bueno hay en el que desaparece.

Todos debemos trabajar por hallar nuestra obra y cumplirla; en definitiva, por justificarnos. Esto no se logra en un artículo ni en una conversación, sino a través de una vida vivida con autenticidad. Ya es hora que llegue una generación que en vez de fracasar con gloria y honor, triunfe con trabajo y sacrificio. Ser feliz o ser auténtico. Ese es el primer paso. Tú también debes elegir.

Crítica Académica

Nuestra Facultad de Derecho tiene una serie de virtudes académicas innegables: cuenta con un gran cuadro de profesores, entre ellos figuras eminentes de la vida pública y personas con verdadero amor a la Universidad; entre los estudiantes, a pesar de su masa, hay minorías con personalidad y fuerza quizá en mayor grado que en ninguna otra Facultad o Escuela. Pero no es de esto de lo que queremos hablar ahora. En esta Editorial queremos exponer algunos de los aspectos negativos de nuestra Facultad. Por definición esta forma de tocar el tema es parcial en sí, pues deja a un lado lo positivo y sólo se entretiene en determinados problemas, quizá los más salientes, en su crítica. Y quede todo ello como nueva nota de llamada, realizada sin pretensiones y expresada con la dureza propia de una juventud universitaria que no le gusta la Universidad en que vive.

Empecemos con las *clases prácticas*: Se ha dicho que cualquier cambio que se introdujera en ellas significaría una mejora, porque empeorarlas sería imposible. Aunque quizá la frase peque de exagerada, tiene una gran parte de razón. En nuestras clases «prácticas» todo lo que se hace, en el mejor de los casos, es tomar la lección; son, si acaso, simples re-

petitorios. Se habla a menudo de la alineación demasiado teórica de la enseñanza actual. ¿Por qué entonces no realizar auténticas clases prácticas yendo a la práctica de la asignatura —casos prácticos, visitas a los Tribunales, aplicación de lo explicado a problemas concretos y reales, etcétera—? Se ha argumentado alguna vez en favor del actual sistema que obliga a estudiar. Sin profundizar en el problema, se podría contestar que se puede perfectamente simultanear la parte práctica con pruebas mensuales de repaso.

Exámenes finales.—En España existe una división en el cuerpo docente, no conocido en ningún otro país: la división entre estudiantes oficiales o asistentes y libres o no asistentes. Aunque universitariamente sea absurdo el concepto de alumno libre, es hoy por desgracia una necesidad del país dadas ciertas estructuras y realidades sociales difíciles por el momento de cambiar. Ahora bien, esta división está tendiendo a desaparecer, pero paradójicamente la aproximación no es en el sentido de hacer a todos los alumnos oficiales, sino de tender a convertir prácticamente a casi todos los estudiantes en libres. El estudiante oficial medio realiza su curso encerrándose los meses de mayo y junio e injeriendo en ese espacio de tiempo los «saber» que le permitirán aprobar el examen final. Y este hecho, sino justificable, lo tenemos que encontrar al menos lógico, dado el sistema pedagógico que se emplea en muchas Cátedras. No parece exagerado afirmar que a este paso la Universidad se va a convertir en una mera oficina expendedora de títulos, olvidando

por completo su esencia de comunidad entre maestros y discípulos.

Creemos que el estudiante oficial, asistente, no puede ni con mucho basar su suerte en la asignatura en el examen final; se le debe estar examinando día a día, con su labor en unas prácticas bien orientadas, en un posible seminario, en una serie de pruebas parciales, en trabajos especiales, etcétera, de forma que ocurra algo que hoy nos parecería tan imposible como suprimir el examen final o, al menos, darle el simple carácter de una nota más. Esto exige mucha mayor entrega a la Universidad tanto por el cuerpo docente como por el discente, pero es necesario.

Cátedras.—Las Cátedras en nuestra Facultad a veces parecen castillos feudales aislados. Es extraordinariamente necesaria una mayor comunicación, tanto entre profesores y alumnos como entre los catedráticos de un mismo Curso: hacer seminarios para que al menos con pequeñas minorías especialmente interesadas se pudiera realizar una labor de maestros y discípulos, montar todo tipo de reuniones y charlas, tanto académicas como extraacadémicas; intentar realizar un pequeño sistema de tutorías, etc., etc.

Paremos aquí; en sucesivos números de Libra iremos insistiendo y ampliando el tema. Creemos que, afortunadamente, hay un gran número de catedráticos y una serie de importantes grupos de estudiantes dispuestos a trabajar para mejorar académicamente nuestra Facultad. Sólo nos queda añadir: manos a la obra y... suerte.

carta decadente

Me coges en un momento muy gris y tal vez esto explique mejor que mis palabras todo lo que pueda decirte. Verás, ha caído la noche y toda la pesadez de la ciudad entre por la ventana, atraída por el humo que subsiste de las muchas colillas en el cenicero, y yo me bebo el humo, este olor a noche, a ciudad, a gente, ansiosamente... me siento en él como pez en el agua. Fíjate, sentirme a gusto en este aire común... Pero la gente sigue tan irreal, en otro mundo. Gente, qué vacío es para describir el hombre, todos los hombres... tan abstracto, tan irreal, como pueda serlo la primera persona que entre por esta puerta, aun la persona más conocida, el cariño más viejo, la amistad más cercana... tan irreal también como tú, a quien escribo esta carta... si es que no la escribo para mí mismo... pero sin embargo —tal vez porque recuerdo tus horas grises, tu melancolía— te unes a este estado gris que me ahoga al acabar el día, sustituyendo cualquier sentimiento, aun el miedo de un instante, la ansiedad, los sentimientos más sordos, ya sabes: los más íntimos y más míos.

Es soledad al fin y al cabo. Me encanta la soledad, me busco a mí en esos momentos y busco las cosas dentro de mí... me salgo de la vida en común, busco la aceptación por mí de mí mismo, aceptación redonda, entera, que quede ahí por los siglos de los siglos amén y que viva cuando yo no viva... vuelto al polvo... tal vez también entre por las ventanas en las tardes grises... polvo de ciudad y de civilización... pero estoy divagando.

Pensaba una cosa, hace unos minutos, y se quedó dentro de mí, latente, en esta hora. ¿A qué hora lanzan los proyectiles en Cabo Cañaveral? Me gustaría quedarme pensando en esa hora misma, en ese mismo momento, para ponerme de acuerdo con nuestro mundo y encontrarme más dentro de él. Pero ¿piensas que vale la pena?, ¿crees que se seguirá viviendo de esta forma? Yo creo que estamos en crisis de vida en común. Deberíamos estarlo en todo caso, cada día hay en ella más vacío, ¿no piensas tú así?... La vida compartida con los demás... no sé muy bien a qué me refiero, perdóname, no sé si es a las demás personas introducidas en la propia vida o bien una especie de Vida Universal Común —de todas las gentes—, en una Vida única, universal, que nos salve a todos, que sea el Dios absoluto—no pienses que es herejía, fíjate que todo el mundo piensa que sólo hay una cosa importante: la vida en común, la vida con los demás, y que con esto todo se arregla, que con esto se arregla hasta la propia muerte—que no es otra cosa que una broma gastada por un individualista. Mi ilusión—ya sabes tú cómo me gusta el individualismo... en filosofía, claro... tal vez por exceso de tardes grises, de crisis, de duda, de ansia—es pensar que la

gente se está desilusionando con esta idea—tal vez demasiadas bombas—. Esta idea les ha puesto en trance de desaparecer—ya esto no tiene gracia—. Si se mueren, ni su enterramiento pueden ya ver ni pueden seguir tomando todo en broma... aunque lo sea. Ahora los enterramientos de los demás son sólo fotografías... en este mundo nadie muere. Los que mueren pasan a ser fotografías y a no haber vivido nunca... claro que para mí la irrealidad, los irreales, son los que no mueren—demasiado olvido de la muerte por los demás y demasiada presencia de la muerte en mí. La vida en común al fin y al cabo resulta que dando un rodeo les ha vuelto a enfrentar con la desaparición—tan violentamente que ahora sienten ellos lo que antes veían sentir a los actores en el teatro, mientras ellos los observaban desde la distancia, fuera del escaparate, sentados en su butaca, contemplando burguesamente, o como lo leí en la última novela, en su casa de la ciudad, aislada de los ruidos, en una hora muerta.

¿Dar marcha atrás? Camus revitalizando a San Agustín... Puesto que la vida da tanto miedo, a des-vivir, a deshacer la vida. Imagínate si al mundo le da por hacer filosofía en vez de trabajar en algo activo... Pues ¿no es des-vivir filosofar? Uno se separa de la vida y la analiza. Uno se separa de la vida porque ésta huele demasiado a ansiedad, a peligro, a... a desaparición. Fíjate: separarse de la vida precisamente para poder vivir. Y es que la vida es un verdadero problema, un emparedado de Nada con unos cuantos años de duda en medio. En fin... Y, sin embargo, no conocemos otra cosa que la vida, no tenemos otra cosa, y tenemos ansia de más. ¿Cómo vamos a rellenar este ansia, este vacío? Nuestro único material es la vida. ¿Cómo hacer o encontrar el medio, la clave, para hacer de esta vida algo eterno, algo que nos sobreviva y que, por tanto, nos haga sobrevivir, nos haga ser eternos, nos resuelva la duda, nos llene el ansia?

La vida en común, la vida con los demás nos plantea ahora esto. Mismos problemas después de un nuevo camino. ¿Y la solución? Tú, tan oficialmente católico, con quien me gusta tanto charlar, ¿no sientes lo mismo?... Es decadente esta carta, es melancolía en esta tarde gris... todo muy joven y nada muy serio. A pesar de decirte que estos momentos van a hacer que sintamos todos cosas muy serias.

Bueno, ahora cae la noche definitivamente; mi ventana es negra. Voy a bajar las persianas que me separan de esta oscuridad y a encender las luces del cuarto.

José María MARAVALL

cuento ascendente

El pueblo blanco, inclinado sobre el mar, parecía no cansarse de beber agua. Un agua especial, agua de puerto, agua salada, sucia, con peces muertos y manchas de aceite.

* * *

Casas encaladas. Redes oscuras. Mujeres de negro tejiendo redes. Barcos y barcas. Verdes con su raya roja. Rojos y verdes. Amarillos, negros o azules. Pueblo de pescadores. Tierra de mar. Tierra fértil y roja, sombreada de pinos y rejas de olivos. Tierra de naranjos y palmeras. Mar caliente y tranquilo. Mar de peces, mar de vida. Mar y cielo, paralelo de azul infinito.

* * *

La niña chupa con avidez el jugo de la fruta. El niño juega con el pez. Los hombres trabajan y hablan su lenguaje. Lenguaje de trabajadores, que como el mar, carece de horizontes y de mañana. Las mujeres cosen y callan.

* * *

Frente al puerto, en esa casa blanca como las demás, vive un pintor. Ahora está en su habitación. La ventana, que transparenta el pueblo, su gente, su paisaje, es un cuadro colgado en la pared. La pared, ¡qué bien conocía su pared! Se sabía de memoria cada mancha, cada irregularidad, cada agujero de un cuadro desclavado. Los cuadros eran su única realidad y él mismo sólo era en su autorretrato. Aparecía como testigo de la muerte. ¿Pues qué otra cosa que pintar la muerte era retratar esas sombras sin rostro que viven muriendo, que pasan y pasan sin sentido, sin motivos? Vino al pueblo en busca de seguridad. Su soledad, los límites estrechos de su cuarto y un mundo de colores hecho a su medida, cumplieron su anhelo. Ahora, al contemplar su retrato, tuvo la intuición de haberse solidarizado con el trágico pasar del pueblo. Y se salió del cuadro. Tuvo miedo de la muerte y, por un momento, huyó de su vida, deseando sentirse inseguro.

* * *

Había salido del puerto en su frágil barca roja. La corriente le arrastró hacia aquella roca concreta emergida en un mar ilimitado. Sobre la roca estaba Ella. Vuelta de espaldas, con su rubia trenza suelta, revistiendo su piel blanca. Quiso subir para Amarla. Su pie se apoyó en una grieta y su mano se agarró de un saliente. Al llegar arriba, el mar de siempre dejó de existir, y El y Ella eran la única realidad que había. "Hola", dijo. Y las olas continuaron bailando su danza. La espuma siguió naciendo contra la roca. A lo lejos, un fugaz velero blanco creó una sombra negra. Y al amparo de la sombra cruzaron, veloces bajo el agua, dos peces, amorosos de la profundidad. El sol quemaba, y quiso protegerla con su sombra. Y se abrasó de Vida. La orilla se alejaba con la crecida de la marea. El sol apagó su fuego al hundirse en el agua. "¿Volvemos?" Quería arrojarse al mar y apagar las llamas que le consumían. Ella tardó en susurrar "sí", y él era ya sólo ceniza. El viento, que traía colgadas algunas gaviotas, aventó el polvo gris. Y el mar, la espuma y los peces volvieron a ser colores del poeta.

* * *

Cuando regresó a su celda quiso pintar su sueño. Quiso ser testigo de la vida, del amor y del dolor. Quiso detener aquella tarde caída del tiempo... y en su lienzo se dibujaron espectros y calaveras.

* * *

En el atardecer del silencio, las barcas de los pescadores volvían al puerto con sus redes cargadas de plata. Y entre las redes, prendidos, dos peces, que aún respiraban, luchaban por no separarse.

Gregorio MARAÑÓN Y BERTRAN DE LIS

LIBRA.—7